

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum

Non praevalent

Año LIII, número 52 (2.748)

Ciudad del Vaticano

24 de diciembre de 2021

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA CELEBRACIÓN DE LA 55 JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ A PAG. 8 Y 9



Investir en
educación
y trabajo,
no en
armas

Pueblo, popular y populismo según el Papa Francisco

CARLOS MARÍA GALLI*

En estos días varios medios levantaron una frase del Papa Francisco ante autoridades políticas griegas sobre la crisis de las democracias y las ilusiones de los populismos. No transcribieron este párrafo: "Ésta (la democracia) requiere la participación y la implicación de todos y por tanto exige esfuerzo y paciencia; la democracia es compleja, mientras el autoritarismo es expeditivo y las promesas fáciles propuestas por los populismos se muestran atrayentes". Contraponen el compromiso paciente que requiere la democracia con el atropello autoritario y el simplismo populista. Se nota un eco de su discurso en el Bicentenario Patrio en 2010: "Nosotros como ciudadanos, nosotros como pueblo".

La circunstancia invita a co-

de 2013 a su encíclica "Todos hermanos" (*Fratelli tutti*) de 2020. Esta tiene la sección "popular o populista", que no es citada por quienes comentan su pensamiento para manipularlo o para atacarlo. Sus dichos cuestionan todos los populismos, tanto el nacionalismo xenófobo como el asistencialismo clientelar.

La primera categoría que emplea el Papa es "Pueblo de Dios". Viene de los textos antiguos de la Biblia, pertenece a la fe y es explicada por la teología. Presenta a la Iglesia como un pueblo *sui generis*. El Papa dice "el Pueblo de Dios entre los pueblos de la tierra" o "el santo Pueblo fiel de Dios", con frases que toma del Concilio Vaticano II. En ese marco se sitúan realidades como la Iglesia en camino, la fe de los fieles, la piedad católica popular, la pastoral popular como mi-



Ésta (la democracia) requiere la participación y la implicación de todos y por tanto exige esfuerzo y paciencia; la democracia es compleja, mientras el autoritarismo es expeditivo y las promesas fáciles propuestas por los populismos se muestran atrayentes (Papa Francisco)

nocer el sentido que el Obispo de Roma da algunas palabras que circulan en el discurso público y las razones por las cuales no es populista. Las noticias no transcriben frases literales de sus documentos. Cito algunas para que sus textos hablen y no se les haga decir lo que no dicen, como hacen políticos y ensayistas que no se toman el trabajo de leerlos en el sitio vaticano.

El tema aparece desde su exhortación "La alegría del Evangelio" (*Evangelii gaudium*)

sión entre los pueblos. Esa es la noción fundamental que emplea Jorge Mario Bergoglio desde hace cinco décadas. Por eso no se debe reducir su discurso a una teología del pueblo en sentido cultural o político.

Francisco se refiere a los pueblos, una expresión muy usada en la cultura latina y la lengua castellana. Son comunidades civiles determinadas por distintas características históricas, geo-culturales, políticas; son sociedades que son

comprendidas de forma diversa por disciplinas distintas: la filosofía social, política y jurídica, la ciencia política, la antropología cultural, la sociología, la literatura. Para Francisco la voz "pueblo" tiene un sentido simbólico: requiere penetrar el imaginario mítico de cada comunidad y los vínculos fundantes que deben ser asumidos libremente para compartir un destino común. Además, tiene un sentido histórico porque las naciones son formaciones contingentes que no pueden ser deducidas de una necesidad lógica abstracta. Esto no impide que la filosofía y la teología piensen el misterio de la dimensión social de los seres humanos que forman familias y pueblos.

Cada pueblo está llamado a desarrollar una cultura del encuentro en una pluriforme armonía. Su última encíclica social explica las relaciones que forjan la amistad social en un

pueblo y la fraternidad universal entre los pueblos. Amistad y fraternidad son categorías de la tradición bíblica y del pensar filosófico que despliegan diversos sentidos del encuentro hecho cultura. Invitan a pensar una unidad plural que no se resigna a la enemistad o el conflicto, ni fomenta la dialéctica pueblo - antipueblo.

La Carta *Fratelli tutti* (156-162) distingue popular de populista. Cuestiona las ideologías populistas, tanto aquellas que dividen la sociedad en forma antinómica como las que atacan la legitimidad del concepto pueblo. Dice que el intento por hacer desaparecer esa categoría del lenguaje podría llevar a eliminar la palabra democracia, que significa el gobierno del pueblo. Agrega que hay que mantener el componente cultural de la realidad social y hacer una sólida crítica a la demagogia política.

En universidades y revistas de Estados Unidos e Italia me preguntaron si Francisco es populista. Basta leer sus afirmaciones para responder la cuestión. No obstante, expreso los argumentos que me llevan a decir que es popular, pero no es populista en el pensamiento ni en la acción pastoral o política.

El populismo ideológico divide la sociedad en dos mitades, alienta la lógica de la enemistad, plantea el dilema "ellos o nosotros", quiere aniquilar al adversario porque busca la homogeneidad totalizante. En cambio, el Papa promueve la amistad social y concibe al pueblo como una unidad pluriforme.

El populismo retórico genera un discurso monológico con consignas militantes y guerras dialécticas. El Papa presenta un pensamiento profundo según la gramática de la simplicidad, sin superficialidades. Invita a escuchar al que piensa distinto y cultiva el diálogo para construir el bien común y la paz.

El populismo nacionalista desprecia al otro, al extraño y

al extranjero, y le niega el don de la hospitalidad. El Papa clama por la acogida a los migrantes contemplando en ellos a Jesús, quien dice: "estaba de paso y me recibieron", como narra el Evangelio según san Mateo (*Mt 25,35*). Todavía resuena la convocatoria que hizo en Lesbos y en Chipre para cultivar una actitud inclusiva.

El populismo político es mesiánico, desprecia las instituciones del Estado de Derecho y la intermediación entre

Antes de que políticos argentinos pidieran transformar los subsidios en empleos, Francisco, desde la doctrina social de la Iglesia, puso el trabajo en el centro de la cuestión social. En 2015, en *Laudato si'* expresó: "ayudar a los pobres con dinero debe ser siempre una solución provisoria para resolver urgencias. El gran objetivo debería ser siempre permitirles una vida digna a través del trabajo" (128).

Algunos acusan al Papa de

Para Francisco la voz "pueblo" tiene un sentido simbólico: requiere penetrar el imaginario mítico de cada comunidad y los vínculos fundantes que deben ser asumidos libremente para compartir un destino común. Además, tiene un sentido histórico porque las naciones son formaciones contingentes que no pueden ser deducidas de una necesidad lógica abstracta

el pueblo y los dirigentes, manipula la información, acalla la prensa, somete la justicia. El Papa llama a respetar las leyes, instituciones y mediaciones. Pide el compromiso responsable para cultivar pacientemente la democracia y la ciudadanía. Esas condiciones facilitan que cada persona sea agente de su desarrollo en una trama solidaria y que el pueblo sea sujeto activo de su destino.

El populismo económico-político considera al pueblo como cliente o vasallo, y convierte los planes pasajeros en políticas permanentes. Como lo hizo en la Argentina, el Papa cuestiona un "populismo irresponsable" (*La Alegría del Evangelio* 204). En *Fratelli tutti* 162 dice: "el gran tema es el trabajo. Lo verdaderamente popular —porque promueve el bien del pueblo— es asegurar a todos la posibilidad de hacer brotar las semillas que Dios ha puesto en cada uno, sus capacidades, su iniciativa, sus fuerzas. Esa es la mejor ayuda para un pobre, el mejor camino hacia una existencia digna".

pobrista y a la Iglesia de coresponsable de la miseria. El calificativo le cabe a los políticos y las políticas de diverso signo que en tres décadas aumentaron la pobreza y los pobres hasta que hoy 4 de cada 10 trabajadores son pobres. El informe trimestral del Observatorio social de la UCA registra 43,8% de pobreza, 8,8% de indigencia, 65% de niños bajo la pobreza.

Si se desea impugnar la dignidad de los vulnerables y vulnerados, el amor preferencial al pobre y la crítica a la pobreza injusta, se debería discutir las enseñanzas de Jesús: "felicidades ustedes los pobres" en san Lucas (6,11), "felicidades los que tienen alma de pobres" en san Mateo (5,3). Él tuvo compasión del pueblo herido y formó una comunidad de discípulos para todas las naciones. Francisco es popular: ama al Pueblo de Dios con ternura y sirve a las personas y los pueblos para que tengan una vida plena.

*Decano de la Facultad de Teología - UCA



Coraje de vida, pandemia, Hechos y Fratelli tutti

MARCELO FIGUEROA

Al comienzo del Capítulo III de la Encíclica *Fratelli tutti*, introducido con la invitación de «pensar y gestar un mundo abierto», el Papa Francisco expresa en el numeral 87. «Un ser humano está hecho de tal manera que no se realiza, no se desarrolla ni puede encontrar su plenitud «si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás». Ni siquiera llega a reconocer a fondo su propia verdad si no es en el encuentro con los otros: «Sólo me comunico realmente conmigo mis-

amorosa y en paz que representan una fuente de esperanza de eternidad en Cristo. En el libro de los Hechos de los Apóstoles tenemos muchos héroes de la fe con coraje y determinación en un contexto de persecución y peligro.

Estos héroes no solamente fueron los apóstoles, los diáconos y los personajes más conocidos, sino también algunos que ni siquiera conocemos el nombre. Luego del asesinato de Esteban (*Hechos 7, 54-60*), «se desató un gran persecución contra la Iglesia en Jerusalén, y todos, excepto los

La muerte digna desde el punto de vista cristiano significa la posibilidad de una despedida amorosa y en paz que representan una fuente de esperanza de eternidad en Cristo

mo en la medida en que me comunico con el otro. Esto explica por qué nadie puede experimentar el valor de vivir sin rostros concretos a quienes amar. Aquí hay un secreto de

apóstoles, se dispersaron por las regiones de Judea y Samaria» (*Hechos 8, 1*). Pero, el cadáver del primer mártir cristiano, el diácono Esteban estaba insepulto. ¿Quiénes de los cris-



la verdadera existencia humana, porque la vida subsiste donde hay vínculo, comunión, fraternidad; y es una vida más fuerte que la muerte cuando se construye sobre relaciones verdaderas y lazos de fidelidad. Por el contrario, no hay vida cuando pretendemos pertenecer sólo a nosotros mismos y vivir como islas: en estas actitudes prevalece la muerte». La tragedia de la pandemia, impulsándonos a un mundo cerrado, de miedo y de muerte, también imposibilitó que muchos familiares pudieran despedir y sepultar de una manera digna, religiosa y humana a sus seres queridos. Necesitaron agregar a su sufrimiento una enorme dosis de coraje para enfrentar el duelo en ausencia y soledad. Coraje social, especialmente de las personas con menos recursos que serán con el tiempo una fuente que ayude a reconstruir y fortalecer un nuevo mundo con dignidad, mansedumbre y respeto por la vida, aún en las etapas finales de ésta. La muerte digna desde el punto de vista cristiano significa la posibilidad de una despedida

tianos se iban a animar dentro de semejante acoso de muerte y persecución a reclamar al muerto para ofrecerle una digna y cristiana sepultura? ¡Los anónimos corajudos del Señor! «Unos hombres piadosos sepultaron a Esteban e hicieron gran duelo por él» (*Hechos 8,2*). En estos tiempos de Covid-19 recordemos a tantos familiares piadosos y religiosos valientes que arriesgando su vida, intentaron o facilitaron que la terrible despedida de la persecución de un enemigo invisible y letal, fuera más mansa, y por ello más respetable a la vida humana hasta su final.

La pandemia nos ha recordado la vulnerabilidad de la vida humana. Hemos llegado a apreciar la vida y la salud de nuevas formas.

De cara al futuro, debemos renovar nuestro compromiso de respetar y defender a los seres humanos en todas las etapas de la vida, desde los no nacidos hasta los ancianos. El Espíritu nos dará la mansedumbre para afrontar nuestra vulnerabilidad con amor. Siguiendo con el relato de la muerte de Esteban y posterior

persecución a los cristianos, emerge de una manera violenta la persona de Saulo de Tarso. Habiendo aprobado la muerte de Esteban y sostenido sus ropas en su ejecución (*Hechos 7,58; 8,1*), Saulo se ennegueció, dentro de su fanatismo religioso, en un desprecio mayúsculo por la vida y la dignidad humana. Saulo «causaba estragos en la iglesia: entrado de casa en casa, arrastraba a hombres y mujeres y los metía en la cárcel» (*Hechos 8,3*). Fue entonces, que «las segundas y terceras líneas» del movimiento cristiano salieron a la palestra de la fe y del compromiso con el Evangelio de la vida. El resto del capítulo octavo nos ofrece la misión y unción del diácono Felipe en zonas de la nueva diáspora cristiana. Esta tragedia de muerte, violencia y encarcelamiento que Saulo provocaba dentro del seno de las familias cristianas ponía en peligro a todas las vidas y en todas las edades. Es el ejemplo de la no hospitalidad, de la invasión domiciliar del virus del odio, de la irrupción hogareña de la pandemia de la muerte y de la ira descontrola-

da contraria a la mansedumbre de los discípulos del Siervo sufriente. Pero en el relato del segundo tomo lucano, vemos como Dios tiene siempre —como el alfa y el omega— la primera y la última palabra. Al correr de la historia y los capítulos del relato bíblico, y luego de la extraordinaria conversión de Saulo en el Pablo apóstol de los gentiles, la familia de Felipe y su hogar recrear la esperanza de un nuevo mundo donde la mansedumbre, el respeto por la vida, y la caridad cristiana renueva la esperanza de un futuro mejor. El suceso lo encontramos en el libro que ahora Lucas escribe en primera persona del plural ya que fue partícipe y testigo de la historia que narra. «...llegamos a Cesarea, y nos

hospedamos en casa de Felipe el evangelista, que era uno de los siete, éste tenía cuatro hijas solteras que profetizaban»

mún del cuidado integral y el respeto por la vida humana en todos sus sentidos. ¡Qué ejemplo de recuperación, recrea-

En estos tiempos de Covid-19 recordemos a tantos familiares piadosos y religiosos valientes que arriesgando su vida, intentaron o facilitaron que la terrible despedida de la persecución de un enemigo invisible y letal, fuera más mansa, y por ello más respetable a la vida humana hasta su final.

(*Hechos 21, 8-9*). Allí se hospedaron armoniosamente, el coraje, todas las vidas en todas las edades, la mansedumbre de la conversión, la casa co-

mún del cuidado integral y el respeto por la vida humana en todos sus sentidos. ¡Qué ejemplo de recuperación, recreación y renovación esperanzadora en medio de un mundo post pandemia con tanta muerte y vacío en muchas familias del planeta!



PAPA FRANCISCO SOBRE EL RITO DE INSTITUCIÓN DE LOS CATEQUISTAS



Nuevo

evidente que la proclamación de la Palabra en la asamblea expresa bien el servicio de quien acompaña el camino de la iniciación: aquellos que reciben la instrucción catequética verían en el Lector, que se hace voz de la Palabra, la expresión litúrgica del servicio que les presta.

Si, por el contrario, a los que siguen la iniciación se les confía - bajo la moderación de los ministros ordenados - una tarea de formación o una responsabilidad para coordinar toda la actividad catequética, entonces parece más oportuno que sean instituidos como Catequistas.

En conclusión, no todos los que preparan a los niños, a los jóvenes y a los adultos para la iniciación deben ser instituidos Catequistas: el discernimiento del Obispo puede llamar a algunos de ellos, según las capacidades y exigencias pastorales, al ministerio de Lector o de Catequista.

ro. Por cuanto se ha afirmado, los candidatos al ministerio instituido de Catequista - debiendo tener una

Eminencia / Excelencia Reverendísima:

Recientemente, el papa Francisco ha intervenido con dos Cartas Apostólicas en forma de «Motu Proprio» sobre el tema de los ministerios instituidos. La primera, *Spiritus Domini*, de 10 de enero de 2021, ha modificado el can. 230 §1 del Código de Derecho Canónico sobre el acceso de las personas de sexo femenino al ministerio instituido del Lectorado y del Acolitado. La segunda, *Antiquum ministerium*, ha instituido el ministerio del Catequista.

Las intervenciones del Santo Padre, a la vez que profundizan en la reflexión sobre los ministerios que san Pablo VI había iniciado con la Carta Apostólica en forma de «Motu Proprio» *Ministeria quaedam* de 15 de agosto de 1972, con la cual se renovaba en la Iglesia latina la disciplina relativa a la primera tonsura, las órdenes menores y el subdiaconado, la orientan hacia el futuro.

La publicación del Rito de Institución de Catequistas, sobre la base *legem credendi lex statuat supplicandi*^[1], ofrece una nueva oportunidad para reflexionar sobre la teología de los ministerios a fin de llegar a una visión orgánica de las distintas realidades ministeriales.

Para responder, por el momento, a la necesidad de un rito de institución, esta *Editio typica*, que forma parte del *Pontificale Romanum*, se publica sin *Praenotanda*. El 50º aniversario de *Ministeria quaedam* (1972 / 2022) podría ser la ocasión para la publicación de una *Editio typica altera*, acompañada de un texto de *Praenotanda*.

La presente *Editio typica* puede ser ampliamente adaptada por parte de las Conferencias Episcopales, que tienen la tarea de clarificar el perfil y el papel de los Catequistas, de ofrecerles adecuados programas de formación, de formar a las comunidades para que entiendan su servicio.^[2] Tal adaptación deberá seguir cuanto ha sido dispuesto por el Decreto General aplicativo del Motu Proprio *Magnum Principium*^[3] para obtener la *confirmatio* o la *recognitio* por parte de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos.

La presente carta, que acompaña la publicación de la *Editio typica* del Rito de Institución de Catequistas, quiere ser una aportación a la reflexión de las Conferencias Episcopales, proponiendo algunas notas so-

bre el ministerio del Catequista, los requisitos necesarios, la celebración del rito de institución.

I. El ministerio del Catequista

1. El ministerio del catequista es un «servicio estable que se presta a la Iglesia local según las necesidades pastorales identificadas por el Ordinario del lugar, pero realizado de manera laical como lo exige la naturaleza misma del ministerio»^[4]: éste se presenta amplio y diferenciado.

2. Sobre todo, hay que subrayar que se trata de un ministerio laical que tiene como fundamento la condición común de ser bautizados y el sacerdocio real recibido en el Sacramento del Bautismo, y es esencialmente distinto del ministerio ordenado recibido en el Sacramento del Orden.^[5]

3. La «estabilidad» del ministerio de Catequista es análoga a la de los demás ministerios instituidos. Definir tal ministerio como estable, además de expresar el hecho de que está «establemente» presente en la Iglesia, significa también afirmar que los laicos que tienen la edad y las dotes determinadas por decreto de la Conferencia Episcopal, pueden ser admitidos establemente (como los Lectores y los Acólitos)^[6] en el ministerio del Catequista: esto tiene lugar a través del rito de institución que, por tanto, no puede ser repetido. Sin embargo, el ejercicio del ministerio puede y debe ser regulado por las Conferencias Episcopales, según las exigencias pastorales, con respecto a la duración, el contenido y las modalidades.^[7]

4. Los catequistas, en virtud del Bautismo, están llamados a ser corresponsables en la Iglesia local para el anuncio y la transmisión de la fe, desempeñando tal función en colaboración con los ministros ordenados y bajo su guía. «Catequizar es, en cierto modo, llevar a uno a escuchar ese Misterio en toda su dimensión [...] Se trata, por lo tanto, de descubrir en la Persona de Cristo el designio eterno de Dios que se realiza en Él. Se trata de procurar comprender el significado de los gestos y de las palabras de Cristo, los signos realizados por Él mismo, pues ellos encierran y manifiestan a la vez su Misterio. En este sentido, el fin definitivo de la catequesis es poner a uno no sólo en contacto sino en comunión, en intimidad con Jesucristo:

sólo Él puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad».^[8]

5. Tal finalidad comprende diversos aspectos y su consecución se expresa de múltiples formas, definidas por las exigencias de las comunidades y por el discernimiento de los Obispos. Por eso, para evitar malentendidos, es necesario tener presente que el término «catequista» indica realidades diferentes en relación con el contexto eclesial en el cual se hace uso del mismo. Los Catequistas en los territorios de misión son diferentes a los que trabajan en las Iglesias de antigua tradición. Además, las diversas experiencias eclesiales determinan también características y modos de actuación muy diferentes, hasta el punto de que es difícil hacer una descripción unitaria y sintética.^[9]

6. En la gran variedad de formas, se pueden distinguir - no de manera rígida - dos tipologías principales de las modalidades de ser Catequistas. Algunos tienen la tarea específica de la catequesis; otros, la tarea más amplia de una participación en las diferentes formas de apostolado, en colaboración con los ministros ordenados y obedientes a ellos. La concreción de la realidad eclesial (Iglesias de antigua tradición; Iglesias jóvenes; amplitud del territorio; número de ministros ordenados; organización pastoral...) determina la afirmación de una u otra tipología.^[10]

7. Es oportuno señalar que, al tener este ministerio «un fuerte valor vocacional que requiere el debido discernimiento por parte del Obispo»^[11] y siendo su contenido definido por cada una de las Conferencias Episcopales (obviamente en conformidad con lo expresado en *Antiquum ministerium*), no todos los que son llamados «catequistas», realizando un servicio de catequesis o de colaboración pastoral, deben ser instituidos.

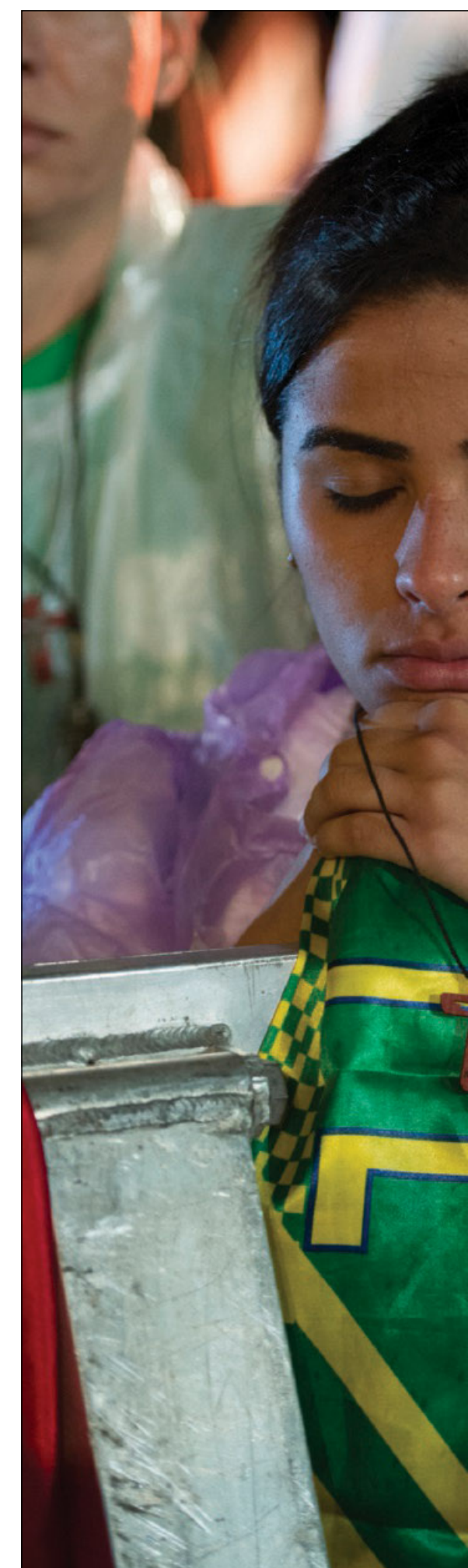
8. Preferiblemente no deberían ser instituidos como Catequistas: aquellos que ya han iniciado el camino hacia el Orden sagrado y, en particular, han sido admitidos como candidatos al diaconado y al presbiterado; como ya ha sido recordado, el ministerio del Catequista es un ministerio laical y es esencialmente distinto del ministerio ordenado que se recibe con el Sacramento del Orden.^[12]

los religiosos y religiosas (independientemente de su pertenencia a Institutos que tienen como carisma la catequesis), a no ser que sean referentes de una comunidad parroquial o coordinadores de la actividad catequética. Hay que recordar que, en ausencia de ministros instituidos, pueden - como todos los bautizados - ejercer «de hecho» los ministerios, precisamente en virtud del Bautismo, que es también fundamento de su profesión religiosa; aquellos que llevan a cabo un servicio dirigido exclusivamente a los miembros de un movimiento eclesial: tal función, igualmente valiosa, es confiada, de hecho, por los responsables de cada movimiento eclesial y no, como en el caso del ministerio del Catequista, por el Obispo diocesano tras su discernimiento con respecto a las necesidades pastorales.

9. Una atenta reflexión - que ciertamente podrá ser profundizada reconsiderando todos los ministerios instituidos en su conjunto y de modo armónico - merece el caso de quienes acompañan el camino de iniciación de niños, jóvenes y adultos. No parece oportuno que todos sean instituidos Catequistas: como ya se ha dicho, este ministerio tiene «un fuerte valor vocacional que requiere el debido discernimiento por parte del Obispo»^[13]. Por el contrario, es absolutamente conveniente que todos ellos reciban, al inicio de cada año catequético, un mandato eclesial público con el cual se les confía esta indispensable función.^[14]

No se excluye que algunos de los que siguen la iniciación, tras un oportuno discernimiento, puedan ser instituidos como ministros. Sin embargo, es necesario preguntarse, en razón del contenido específico de cada ministerio, cuál sea el más adecuado entre el de Lector y el de Catequista.

En efecto, el rito de institución de Lectores afirma que su tarea es educar en la fe a los niños y a los adultos y guiarlos para que reciban dignamente los Sacramentos^[15]. Considerando una antigua tradición que cada ministerio esté directamente vinculado a un oficio particular en la celebración litúrgica, es ciertamente



Carta a los presidentes de las Conferencias de Obispos sobre el rito de institución de los catequistas

rito litúrgico para instituir catequistas

Del prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

madura experiencia previa de catequesis^[16] –pueden, por tanto, ser elegidos entre aquellos que realizan de manera más específica el servicio del anuncio: están llamados a encontrar formas eficaces y coherentes para el primer anuncio, para luego acompañar a cuantos lo han recibido en la etapa propiamente iniciática. Su participación activa en los ritos de iniciación cristiana de los adultos expresa la importancia de su ministerio.^[17] En la fase del pre-catecumenado los Catequistas colaboran con los Pastores, los Padrinos y los Diáconos para encontrar las formas más coherentes del primer anuncio del Evangelio, sensibilizando a la fe y a la conversión; ayudan a discernir los signos externos de las disposiciones de quienes pretenden ser admitidos al catecumenado.^[18] En esta fase llevan a cabo una adecuada catequesis adaptada al año litúrgico y basada en las celebraciones de la Palabra de Dios, a partir de la cual son capaces de llevar «a los catecúmenos no sólo

al conveniente conocimiento de los dogmas y de los preceptos, sino también al íntimo conocimiento del misterio de la salvación».^[19] A los «catequistas que realmente sean dignos y estén bien preparados» el Obispo confía la celebración de los exorcismos menores.^[20]

Una vez insertados ya los catecúmenos en los Sacramentos de la iniciación cristiana, los Catequistas permanecen en la comunidad como testigos de la fe, maestros y mistagogos, acompañadores y pedagogos disponibles para favorecer, en todo lo posible, la vida de los fieles, a fin que sean conformes al bautismo recibido.^[21] También están llamados a descubrir formas nuevas y audaces de anunciar el Evangelio que permitan suscitar y despertar la fe en el corazón de quienes ya no sienten necesidad de la misma.^[22]

11. El ámbito del anuncio y de la enseñanza, sin embargo, describe sólo una parte de la actividad de los Catequistas instituidos: de hecho, están llamados a colaborar con los ministros ordenados en las diversas formas de apostolado, desempeñando, bajo la guía de los pastores, múltiples funciones. Queriendo ofrecer un elenco – aunque no exhaustivo – puede señalarse: la guía de la oración comunitaria, especialmente de la liturgia dominical en ausencia del presbítero o diácono; la asistencia a los enfermos; la guía de las celebraciones de las exequias; la formación y la guía a otros Catequistas; la coordinación de las iniciativas pastorales; la promoción humana según la doctrina social de la Iglesia; la ayuda a los pobres; el fomento de las relaciones entre la comunidad y los ministros ordenados.

12. Tal amplitud y variedad de funciones no debe sorprender: el ejercicio de este ministerio laical expresa plenamente las consecuencias del ser bautizado y, en la situación particular de la presencia inestable de ministros ordenados, es participación en su acción pastoral. Esto es lo que afirma el Código de Derecho Canónico^[23] cuando prevé la posibilidad de encomendar a una persona que no tiene el carácter sacerdotal una participación en el ejercicio de la cura pastoral de una parroquia, siempre bajo la moderación de un presbítero. Es necesario, por tanto, formar la comunidad para que no vea en el Catequista un sustituto del presbítero o del diácono, sino un fiel laico que vive su bautismo en fecunda colaboración y corresponsabilidad con los ministros ordenados, para que su atención pastoral llegue a todos.^[24]

13. Por tanto, es tarea de las Conferencias Episcopales clarificar el perfil, el papel y las formas más coherentes para el ejercicio del ministerio de los Catequistas en el territorio de su competencia, en línea con cuanto ha sido indicado en el Motu Proprio *Antiquum ministerium*. Además, deben ser definidos programas de formación adecuados para los candidatos.^[25] Por último, se procure también preparar a las comunidades para que comprendan su significado.

II. Requisitos

14. Es tarea del Obispo diocesano discernir sobre la llamada al ministerio de Catequista valorando las necesidades de la comunidad y las capacidades de los candidatos.^[26] Pueden ser admitidos como candidatos hom-



bres y mujeres que hayan recibido los Sacramentos de la iniciación cristiana y hayan presentado libremente al Obispo diocesano una petición escrita y firmada.

15. Al describir los requisitos, el Motu Proprio se expresa así: «Es conveniente que al ministerio instituido de Catequista sean llamados hombres y mujeres de profunda fe y madurez humana, que participen activamente en la vida de la comunidad cristiana, que puedan ser acogedores, generosos y vivan en comunión fraterna, que reciban la debida formación bíblica, teológica, pastoral y pedagógica para ser comunicadores atentos de la verdad de la fe, y que hayan adquirido ya una experiencia previa de catequesis. Se requiere que sean fieles colaboradores de los sacerdotes y los diáconos, dispuestos a ejercer el ministerio donde sea necesario, y animados por un verdadero entusiasmo apostólico».^[27]

III. Celebración

16. El ministerio de Catequista es conferido por el Obispo diocesano, o por un sacerdote delegado por él, mediante el rito litúrgico de *Institutione Catechistarum* promulgado por la Sede Apostólica.

17. El ministerio puede ser conferido durante la Misa o durante una celebración de la Palabra de Dios.

18. La estructura del rito prevé, después de la liturgia de la Palabra, una exhortación (este texto se presta bien a ser adaptado por parte de las Conferencias Episcopales con respecto a la forma en que deseen especificar el papel de los Catequistas); una invitación a la oración; un texto de bendición; la entrega del crucifijo.

Para concluir, quisiera hacer resonar las palabras – todavía proféticas – de san Pablo VI en la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*:

«No sin experimentar íntimamente un gran gozo, vemos cómo una legión de Pastores, religiosos y seglares, enamorados de su misión evangelizadora, buscan formas cada vez más adaptadas de anunciar eficazmente el Evangelio, y alentamos la apertura que, en esta línea y con este afán, la Iglesia está llevando a cabo hoy día. Apertura a la reflexión en primer lugar, luego a los ministerios eclesiales capaces de rejuvenecer y

de reforzar su propio dinamismo evangelizador. Es cierto que al lado de los ministerios con orden sagrado, en virtud de los cuales algunos son elevados al rango de Pastores y se consagran de modo particular al servicio de la comunidad, la Iglesia reconoce un puesto a ministerios sin orden sagrado, pero que son aptos a asegurar un servicio especial a la Iglesia».^[28]

Confiamos a María, Madre de la Iglesia, nuestro servicio para la construcción del Reino.

En la Sede de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, a 3 de diciembre de 2021, memoria de san Francisco Javier, presbítero.

ARTHUR ROCHE

PREFECTO

Notas

[1] Cf. *Indiculus*, cap. 8: Denz n. 246 [ex n. 139]. Cf. también Próspero dE Aquitania, *De vocatione omnium gentium*, 1,12: CSEL 97, 104.

[2] Cf. Francisco, *Antiquum ministerium*, n. 9.

[3] Cf. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Postquam Summus Pontifex*. Decreto para aplicar las disposiciones del can. 838 del Código de Derecho Canónico (22 de octubre de 2021).

[4] Francisco, *Antiquum ministerium*, n. 8.

[5] Cf. Francisco, *Spiritus Domini*, s.n.

[6] Cf. *Codex Iuris Canonici*, can. 230 §1: «Los laicos que tengan la edad y condiciones determinadas por decreto de la Conferencia Episcopal, pueden ser llamados para el ministerio estable de lector y acólito, mediante el rito litúrgico prescrito; sin embargo, la colación de esos ministerios no les da derecho a ser sustentados o remunerados por la Iglesia».

[7] Francisco, *Antiquum ministerium*, n. 9.

[8] Cf. Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Catechesi tradendae* (16 de octubre de 1979), n. 5, en: AAS 71 (1979) 1277-1340.

[9] Cf. Congregación para la Evangelización de los Pueblos, *Guía para los catequistas* (3 de diciembre de 1993), n. 4.

[10] Cf. *ibidem*.

[11] Francisco, *Antiquum ministerium*, n. 8.

[12] Cf. Francisco, *Spiritus Domini*, s.n.

[13] Francisco, *Antiquum ministerium*, n. 8.

[14] Cf. *Rituale Romanum*, *De Benedictionibus*, editio typica 1984, nn. 361-377.

[15] Cf. *Pontificale Romanum*, *De institutione Lectorum et Acholitorum*, n. 4: «Lectores seu verbi Dei relatores effecti, adiutorium huic muneris praestabitis, et proinde peculiare officium in populo Dei suscipietis, et servitio fidei, quae in verbo Dei radicatur, deputabimini. Verbum enim Dei in coetu liturgico proferetis, pueros et adultos in fide et ad Sacramenta digne recipienda instituetis, nuntiumque salutis hominibus, qui adhuc illud ignorant, annuntiabitis. Hac via et vestro auxilio, homines ad cognitionem Dei Patris Filiiue eius, Iesu Christi, quem ipse misit, pervenire poterunt et vitam assequi aeternam».

[16] Cf. Francisco, *Antiquum ministerium*, n. 8.

[17] Cf. *Rituale Romanum*, *Ordo initiationis christianae adultorum*. *Prænotanda*, editio typica 1972, n. 48.

[18] Cf. *ibidem*, nn. 11.16.

[19] Cf. *ibidem*, n.19 §1.

[20] Cf. *ibidem*, n. 44.

[21] Cf. Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, Directorio para la catequesis, n. 113.

[22] Cf. *ibidem*, n. 41.

[23] *Codex Iuris Canonici*, can. 517 §2. «Si, por escasez de sacerdotes, el Obispo diocesano considera que ha de encomendarse una participación en el ejercicio de la cura pastoral de la parroquia a un diácono o a otra persona que no tiene el carácter sacerdotal, o a una comunidad, designará a un sacerdote que, dotado de las potestades propias del párroco, dirija la actividad pastoral».

[24] Cf. Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal *Christifideles laici* (30 diciembre 1988), n. 15; Benedicto XVI, Discurso de apertura del congreso pastoral de la Diócesis de Roma con el tema: «Pertinencia eclesial y corresponsabilidad pastoral» (26 de mayo de 2009); Francisco, Discurso a la Acción Católica Italiana (3 de mayo de 2014).

[25] Francisco, *Antiquum ministerium*, n. 9.

[26] Cf. *ibidem*, n. 8.

[27] *ibidem*.

[28] Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (8 de diciembre de 1975), n. 73, en: AAS 68 (1976) 72-73.

En la audiencia al Instituto Serafíco de Asís la advertencia del Papa a la política y a la administración pública

La atención a los discapacitados es un objetivo de civilización

El Estado no puede dejar solas a tantas familias con jóvenes en dificultad



«Mirar al discapacitado como a uno de nosotros» poniéndole «en el centro de nuestro cuidado y de nuestra preocupación, y también de la atención de la política». Este es el «objetivo de civilización» indicado en la mañana del 13 de diciembre por el Papa Francisco, recibiendo en el Aula Pablo VI a los miembros del Instituto Serafíco de Asís, con ocasión del 150º aniversario de actividad. A continuación su discurso.

¡Queridos hermanos y hermanas!

Gracias por esta visita, con la cual habéis querido devolver la que os hice en 2013 con ocasión de mi primera peregrinación a Asís. Y habéis elegido venir en este 150º aniversario de la fundación del Instituto Serafíco por parte de San Ludovico de Casoria. Me uno a vuestra alegría y a vuestra fe.

Un abrazo ante todo a los muchachos: a los que han podido afrontar el viaje y a los que se han quedado en casa. Ellos son el centro de vuestra misión. Junto a ellos acojo a quienes los acompañan en las más diferentes tareas, pero también a quienes ofrecen un cordial apoyo a esta gran obra, desde las familias de los propios chicos hasta las instituciones. Saludo al obispo monseñor Domenico Sorrentino - incansable, va por todos lados: ¡continúa así Domenico! Doy las gracias a la presidenta Francesca Di Maolo por las palabras que me ha dirigido. Saludo a la representación del Instituto Casoria encomendado a las hijas espirituales de San Ludovico, las hermanas Franciscanas Elisabettine Bigie. Es bonito que dos Institutos, aun diferentes, caminen guiados por la misma inspiración ideal.

Recuerdo bien la hora que pasé con vosotros en Asís. Fui para ponerme tras las huellas del Santo del que tomé el nombre. El encuentro con vuestros muchachos, que saludé uno a uno, me hizo revivir, de alguna manera, ese abrazo a los últi-

mos que caracterizó la vida de San Francisco. Él se hizo pobre, en el ejemplo de Jesús, para estar plenamente de parte de los últimos. Su abrazo a un leproso encierra el sentido de toda su vida. En el Testamento dice que precisamente con ese abrazo empezó su conversión. En esas personas enfermas y marginadas vio a Jesús. Se arrodilló sobre sus llagas. Les puso en el centro de la atención de la sociedad, también entonces tentada por esa «cultura del descarte» que hace concentrar la riqueza en las manos de pocos, mientras que muchos se quedan a los márgenes, percibidos como un peso, apenas dignos de una limosna. San Ludovico de Casoria, verdadero franciscano, había asimilado el mensaje del Padre Serafíco. En su caridad creativa y generosa, no lo pensó dos veces cuando, en una peregrinación a Asís, rezando delante del Crucifijo, escuchó la voz que, con un triple «sí», les confirmaba la inspiración para fundar un instituto dedicado a los ciegos y a los sordomudos, condiciones en esa época privadas del apoyo social necesario. Desde entonces el Instituto Serafíco ha hecho grandes pasos, creciendo en su oferta de servicios hasta acoger chicos en estado de grave y múltiple discapacidad, y se ha distinguido por la profesionalidad con la que desarrolla su misión, recibiendo un merecido aplauso de la misma comunidad científica.

Lo más importante es el espíritu con el que todos vosotros os dedicáis a esta misión. Para vosotros es claro, como debería serlo para todos, que cada persona humana es preciosa, tiene un valor que no depende de lo que tiene o de sus habilidades, sino del simple hecho de que es persona, imagen de Dios. Si la discapacidad o la enfermedad hacen la vida más difícil, esta no es menos digna de ser vivida, y vivida hasta el fondo. Des-

pués de todo, ¿quién no tiene límites, y no se enfrenta, tarde o temprano, a limitaciones también graves? Es importante mirar al discapacitado como a uno de nosotros, que debe estar en el centro de nuestro cuidado y de nuestra atención, y también en el centro de la atención de todos y de la política.

Es un objetivo de civilización. Adoptando este principio, nos damos cuenta de que la persona con discapacidad no solo recibe, sino que también da. Cuidar no es un gesto de sentido único, sino un intercambio de dones.

Nosotros los cristianos encontramos en el Evangelio del amor -pienso en la parábola del buen Samaritano-, un motivo más para todo esto. Pero el principio vale para todos, inscrito como está en la conciencia, que nos hace sentir nuestra condición de unidad entre todos los seres humanos. Estamos realmente unidos por un vínculo de fraternidad, como reiteraré en la encíclica *Fratelli tutti*, que quise firmar en Asís.

Es necesario por tanto que se tome plena conciencia de este principio y se desarrollen las consecuencias, también cuando se trata de distribuir la riqueza común, para que no suceda que precisamente quien más necesita de ayuda se vea privado de ella.

Pienso en muchas estructuras que desarrollan, como vosotros, este servicio, y a veces les cuesta sobrevivir o hacer lo mejor posible sus prestaciones. Ciertamente no se puede pretender todo de los órganos públicos. Es necesaria la solidaridad de muchas personas, como sucede con vuestros benefactores. El Señor les bendiga por su buen corazón. Pero el Estado y la administración pública deben hacer su parte. No se pueden dejar solas tantas familias obligadas a luchar para apoyar a estos chicos en dificultad,

con la gran preocupación del futuro que les espera cuando ya no puedan seguirlos.

Muchos padres encuentran en vuestra estructura una nueva familia para sus hijos. ¡Esto es muy bonito! Algunos de ellos están aquí presentes.

El «Serafíco» les siente

parte integrante de su comunidad, y ellos están felices de experimentar que los servicios del Instituto no se reducen a la asistencia profesional, sino que aseguran a cada uno una atención personalizada, atenta, esmerada. La lógica del «Serafíco» es el amor, el que se aprende del Evangelio en la escuela de San Francisco y San Ludovico; el amor que sabe leer en los ojos o en los gestos, anticipa los deseos, no se rinde frente a los esfuerzos, encuentra cada día la fuerza de comenzar de nuevo, y se alegra de cualquier mínimo progreso de la persona asistida. La vida es siempre bella, también con pocos recursos.

A veces sabe sorprender. Sé que vuestros chicos saben hacer muchas cosas, convirtiéndose en pequeños artistas de teatro, de radio y de pintura. Una sonrisa suya compensa cualquier esfuerzo.

En este periodo de pandemia habéis tenido momentos difíciles. Pero el hecho mismo de que habéis organizado también un buen grupo de vuestros chicos -e imagino la dificultad- un viaje hasta Roma, me da la

idea de vuestro compromiso y de vuestro entusiasmo.

He sabido que en estos años la iniciativa que entonces me habías anunciado, de hacer de vuestra Capilla un lugar de adoración eucarística permanente, fue adelante, hasta que la emergencia Covid no la suspendió.

Adorar a Jesús en la Eucaristía y «escuchar» sus llagas en los más débiles, como os dije en 2013, se convirtió en vuestro programa. ¡Gracias!

En vuestro Instituto se ha desarrollado también una escuela socio-política, para estimular la sociedad a repensarse partiendo de los últimos.

Esta escuela se inserta bien en el cuadro de la iniciativa *Economy of Francesco*, contribuyendo a renovar la economía en la justicia y en la solidaridad.

Queridos hermanos y hermanas, id adelante, tras las huellas de los Santos.

Que vuestro trabajo tenga siempre el sabor y la alegría de la misión. Cada sonrisa de vuestros chicos será para vosotros la sonrisa de Dios.

Os bendigo de corazón y os pido que recéis por mí. Gracias.

Caminemos juntos, pero ¿hacia dónde?

Una Iglesia que debe «examinarse» en tiempos de sinodalidad

PEDRO RAFAEL ORTIZ S.*

El ser humano camina y así abre brechas. Pero, muchas veces al hacerlo, lo que encuentra es que lo que ha logrado como dicen en pueblo, es quitar los «matojos y bejucos» que tapaban los caminos viejos. Un día descubre que ha caminado su vida por donde mismo lo hicieron sus antepasados. Las más de las veces, nuestros pies vuelven a marcar la tierra donde dejaron sus huellas nuestros ancestros.

El sol que hoy nos ilumina es el mismo sol de cuando Adán despertó sobre la faz de la tierra. La Luna y las estrellas son las mismas que estudiaban los astrónomos del antiguo Egipto y Mesopotamia. Fue estudiando esas estrellas que, hace miles de años, desde el norte de lo que hoy se conoce como Irán (entonces Persia), unos sabios dejaron sus casas para emprender el camino siguiendo una estrella maravillosa para ir a rendir homenaje al mesías que había nacido en Belén de Judá.

El mismo camino que recorrió Abraham para llegar a Egipto, fue el que usó José para llevar allí al pueblo hebreo y el mismo que usó San José con la Virgen María para salvar al Niño Dios del «poderoso» y sanguinario Herodes.

Caminamos en la vida por donde mismo caminaron nuestros padres y pasamos por las mismas etapas de la vida. La pregunta es para dónde vamos. ¿Vamos camino de Belén para «adorar» al Niño como los Magos o vamos hacia Belén para «ser verdugos» en compañía de Herodes? ¿Para qué vamos? ¿Vamos al templo para pedir perdón por nuestros errores y compartir la

bondad, o vamos para la necesidad de criticar las vidas ajenas? ¿Caminamos juntos en la comunidad para luchar por la justicia como hermanos, o para ser «cómplices de la opresión» y la humillación de los pobres comportándonos como servidores de los demonios se creen reyes de este mundo? ¡Alerta! sería bueno que a esta altura del camino hagamos una intensa introspección que nos ayude a entender hacia dónde vamos y para qué vamos. ¡Revisar nuestro propósito en un tiempo tan crítico es urgente!

¡Ay, ay, este mundo! No hay que esforzarse demasiado para saber dónde están las injusticias y de dónde vienen. No requiere mucha ciencia para conocer que los que rinden culto a las riquezas desprecian a los que viven en la pobreza. No hay que saber mucha psicología para darse cuenta de que el otro ser humano no debe ser el blanco de nuestras iras, ni el trapo para limpiarnos los pies. Sin saber mucho de economía, podemos darnos cuenta de que la comida que a una pequeña parte del mundo le sobra, a la inmensa mayoría de los pueblos le falta. Jesucristo, el maestro nos enseñó que cuánto hagamos por los más necesitados, por él lo habremos hecho y que basta con que dos o más estemos reunidos en su nombre, Él estará en medio de nosotros.

Así caminaron José y María hacia Belén. Así pasaron la «zarza y el guayacán» por aquella ruta dura. Así llegarían tan pobres que nadie les quiso hospedar. Pero así fue grande su alegría porque sabían que llevaban «a todo un Dios poderoso».

Sacerdote diocesano

La odisea de tres jóvenes en el campo de refugiados de Kara Tepe

Vidas suspendidas



SILVINA PÉREZ

“Odiseo / se sentó en la orilla, gimiendo como siempre / desgarrando su alma con lágrimas, lamentos y penas, / llorando y mirando el mar estéril” (*Odisea*, Libro v - 155). Como en las aventuras de Ulises en la Odisea, esta es la historia de la huida y la búsqueda en el mar de lo que la tierra se lleva.

Es el mismo mar en el que, huyendo de las ciudades asediadas de Siria e Irak y desembarcando en las mismas islas en las que nació la cultura que luego conformaría nuestra identidad occidental, se ha detenido el futuro de los tres chicos de 12, 14 y 15 años

Tres milenios después, sigue siendo difícil llegar a Ítaca, y la epopeya divina ha sido sustituida por muros y alambradas donde el legado de la democracia occidental y los derechos humanos ha naufragado.

Es el mismo mar en el que, huyendo de las ciudades asediadas de Siria e Irak y desembarcando en las mismas islas en las que nació la cultura que luego conformaría nuestra identidad occidental, se ha detenido el futuro de los tres chicos de 12, 14 y 15 años. Sus vidas están suspendidas desde hace unos dos años en el campo de refugiados de Kara Tepe, al norte de Mitilene, capital de la isla griega de Lesbos.

El campamento está expuesto al viento que sopla desde el mar y está situado en una pequeña colina, entre contenedores blancos sin calefacción ni suelo aislante, “en invierno se inunda y hace frío y en verano hace calor y no hay sombra”, dice el más joven de los tres chicos, sin mirarnos a los ojos.

Para ellos, el día es una espera constante: esperar por la comida, por el acceso al agua y por el permiso para salir.

Viven aquí sin saber qué va a pasar con ellos, sin saber cuándo recibirán una

respuesta a la solicitud de asilo de su familia.

Los largos trámites burocráticos y la continua incertidumbre contribuyen al deterioro de su salud física y mental. Médicos Sin Fronteras está presente en la isla con una clínica de campaña frente al campamento principal y una clínica psiquiátrica especializada en el centro de la ciudad de Mitilene.

Augusto Cezar Meneguim, director médico de MSF Lesbos, afirma: “Hemos detectado comportamientos autolesivos e intentos de suicidio, incluso en niños, sobre todo tras el rechazo de sus solicitudes de asilo”. En Kara Tepe, el 45% de los habitantes son menores de 18 años, pero muy pocos niños van a la escuela y sólo una minoría asiste a algunos de los cursos de las ONG.

“Entre enero y octubre de 2021, nuestros equipos de médicos y psicólogos -continúa Meneguim- asistieron a unos 70 niños con trastornos psicológicos.

Más de la mitad sufre un trastorno de estrés posttraumático, mientras que muchos presentan ansiedad y depresión.

Casi la mitad de ellos ha sido testigo de episodios de violencia u homicidio (40%), y muchos han experimentado al menos un episodio que ha puesto en peligro su vida (44%).

Médicos Sin Fronteras está presente en la isla con una clínica de campaña frente al campamento principal y una clínica psiquiátrica especializada en el centro de la ciudad de Mitilene

Alrededor del 20% de nuestros pacientes han sufrido abusos o malos tratos”. Entre los refugiados del Centro de Acogida e Identificación de Mitilene, un campamento en Mavrovouni que sustituyó al de Moria, destruido por un incendio en septiembre de 2020, el Papa Francisco envió el domingo 5 de diciembre un mensaje al mundo que no deja lugar a interpretaciones. “Por favor”, fue el llamamiento de Bergoglio, “detengamos este naufragio de la civilización”.

Audiencia a las delegaciones por el regalo del árbol y el belén

No a una falsa y comercial Navidad

“No vivamos una Navidad falsa o ‘comercial’: es lo que ha recomendado el Papa Francisco al recibir, a última hora de la mañana del 10 de diciembre, en el Aula Pablo VI, a las delegaciones de las comunidades que este año han donado el belén y el árbol para la Plaza de San Pedro y la representación del Nacimiento para el mismo Aula.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Les doy la bienvenida en el día en que se inauguran el árbol y el belén instalados en la Plaza de San Pedro, así como el belén colocado en este Aula.

Extiendo un cordial saludo a la Delegación Peruana de Huancavelica, departamento en el que se encuentra el pueblo de Chopcca, de donde proviene el gran pesebre instalado en la Plaza.

Agradezco las palabras de Monseñor Carlos Salcedo Ojeda y hago extensivo mi agradecimiento a las autoridades civiles y eclesásticas, especialmente al Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, y a todos los que han colaborado.

Los personajes del belén, realizados con materiales y ropas propios de esos territorios, representan a los pueblos de los Andes y simbolizan la llamada universal a la salvación. Jesús vino a la tierra en la concreción de un pueblo para salvar a todo hombre y mujer, de todas las culturas y

dejemos que se contamine con el consumismo y la indiferencia. Sus símbolos, especialmente el pesebre y el árbol decorado, nos devuelven a la certeza que llena de paz nuestros corazones, a la alegría de la Encarnación, al Dios que se hace familiar: vive con nosotros, da un ritmo de esperanza a nuestros días.

El árbol y el pesebre nos introducen en el típico ambiente navideño que forma parte del patrimonio de nuestras comunidades: un ambiente de ternura, de compartir y de intimidad familiar. No vivamos una Navidad falsa, por favor, ¡una Navidad comercial! Dejémonos envolver por la cercanía de Dios, esa cercanía que es compasiva, que es tierna; envueltos por el ambiente navideño que el arte, la música, las canciones y las tradiciones traen a nuestros corazones.

Todos los que se acerquen al Aula Pablo VI en los próximos días podrán saborear este ambiente, gracias también al belén que ahora se inaugurará. Lo han hecho los jóvenes de la parroquia de San Bartolomeo in Gallio, en la diócesis de Padua, que están aquí presentes con el obispo Claudio Cipolla, a quien agradezco lo que ha dicho. Agradezco este regalo, fruto del compromiso y la reflexión sobre la Navidad, la fiesta de la confianza y la esperanza. El motivo de la esperanza es que Dios



nacionalidades. Se hizo pequeño para que pudiéramos acogerlo y recibir el don de la ternura de Dios.

Junto al belén se encuentra el majestuoso abeto de los bosques de Andalo, en Trentino.

Saludo a la delegación que ha venido de allí: las autoridades, los sacerdotes, los fieles acompañados por el arzobispo Lauro Tisi, a quien agradezco sus palabras. Esta noche, al final de la ceremonia oficial de entrega, se encenderán las luces que decoran el árbol.

El árbol permanecerá junto al belén hasta el final de la temporada navideña y será admirado por peregrinos de muchos lugares.

El abeto es un signo de Cristo, el árbol de la vida (cf. *Ap* 2,7), un árbol al que el hombre no tenía acceso a causa del pecado (cf. *Gn* 2,9). Pero con la Navidad, la vida divina se une a la vida humana.

El árbol de Navidad, pues, evoca el renacimiento, el don de Dios que se une al hombre para siempre, que nos da su vida. Las luces del abeto recuerdan a la de Jesús, la luz del amor que sigue resplandeciendo en las noches del mundo.

Queridos amigos, la Navidad es esto, no

está con nosotros, confía en nosotros y nunca se cansa de nosotros. Y Él no se cansa de perdonar: somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón. Viene a morar con los hombres, elige la tierra como morada para estar con nosotros y asumir las realidades donde pasamos nuestros días. Esto es lo que nos enseña el pesebre. En Navidad, Dios se revela no como el que está en lo alto para dominar, sino como el que se abaja, pequeño y pobre, compañero de camino, para servir: esto significa que para parecerse a Él, el camino es el del abajamiento, el del servicio.

Para que sea verdaderamente Navidad, no olvidemos esto: Dios viene a estar con nosotros y nos pide que cuidemos de nuestros hermanos, especialmente de los más pobres, los más débiles, los más frágiles, a los que la pandemia corre el riesgo de marginar aún más. Así es como vino Jesús, y el pesebre nos lo recuerda.

Que la Virgen y San José nos ayuden a vivir así la Navidad. Renuevo mi gratitud a todos ustedes, a sus países y a sus familias. Que Dios les bendiga.

Por favor, no se olviden de rezar por mí.

Gracias.

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA CELEBRACIÓN DE LA 55ª JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ (1 DE ENERO DE 2022)

El mensaje de

Diálogo entre generaciones, educación y trabajo



Publicamos, a continuación, el texto con el mensaje del Pontífice para la celebración de la 55ª Jornada Mundial de la Paz



1. «¡Qué hermosos son sobre las montañas los pasos del mensajero que proclama la paz!» (Is 52,7).

Las palabras del profeta Isaías expresan el consuelo, el suspiro de alivio de un pueblo exiliado, agotado por la violencia y los abusos, expuesto a la indignidad y la muerte. El profeta Baruc se preguntaba al respecto: «¿Por qué, Israel, estás en una tierra de enemigos y envejeciste en un país extranjero? ¿Por qué te manchaste con cadáveres y te cuentas entre los que bajan a la fosa?» (3,10-11). Para este pueblo, la llegada del mensajero de la paz significaba la esperanza de un renacimiento de los escombros de la historia, el comienzo de un futuro prometedor.

Todavía hoy, el camino de la paz, que san Pablo VI denominó con el nuevo nombre de *desarrollo integral*,¹ permanece desafortunadamente alejado de la vida real de muchos hombres y mujeres y, por tanto, de la familia humana, que está totalmente interconectada. A pesar de los numerosos esfuerzos encaminados a un diálogo constructivo entre las naciones, el ruido ensordecedor de las guerras y los conflictos se amplifica, mientras se propagan enfermedades de proporciones pandémicas, se agravan los efectos del cambio climático y de la degradación del medioambiente, empeora la tragedia del hambre y la sed, y sigue dominando un modelo económico que se basa más en el individualismo que

en el compartir solidario. Como en el tiempo de los antiguos profetas, *el clamor de los pobres y de la tierra*² sigue elevándose hoy, implorando justicia y paz.

En cada época, la paz es tanto un don de lo alto como el fruto de un compromiso compartido. Existe, en efecto, una “arquitectura” de la paz, en la que intervienen las distintas instituciones de la sociedad, y existe un “artesano” de la paz que nos involucra a cada uno de nosotros personalmente.³ Todos pueden colaborar en la construcción de un mundo más

Todo diálogo sincero, aunque no esté exento de una dialéctica justa y positiva, requiere siempre una confianza básica entre los interlocutores. Debemos recuperar esta confianza mutua. La actual crisis sanitaria ha aumentado en todos la sensación de soledad y el repliegue sobre uno mismo. La soledad de los mayores va acompañada en los jóvenes de un sentimiento de impotencia y de la falta de una idea común de futuro. Esta crisis es ciertamente dolorosa. Pero también puede hacer emerger lo mejor de las personas. De hecho, duran-

escenario persiguiendo los propios intereses inmediatos como si no hubiera pasado ni futuro. La crisis global que vivimos nos muestra que el encuentro y el diálogo entre generaciones es la fuerza propulsora de una política sana, que no se contenta con administrar la situación existente «con parches o soluciones rápidas»,⁶ sino que se ofrece como forma eminente de amor al otro,⁷ en la búsqueda de proyectos compartidos y sostenibles.

Si sabemos practicar este diálogo intergeneracional en medio de las dificultades, «podremos estar bien arraigados en el presente, y desde aquí frecuentar el pasado y el futuro: frecuentar el pasado, para aprender de la historia y para sanar las heridas que a veces nos condicionan; frecuentar el futuro, para alimentar el entusiasmo, hacer germinar sueños, suscitar profecías, hacer florecer esperanzas. De ese modo, unidos, podremos aprender unos de otros».⁸ Sin raíces, ¿cómo podrían los árboles crecer y dar fruto?

Sólo hay que pensar en la cuestión del cuidado de nuestra casa común. De hecho, el propio medioambiente «es un préstamo que cada generación recibe y debe transmitir a la generación siguiente».⁹ Por ello, tenemos que apreciar y alentar a los numerosos jóvenes que se esfuerzan por un mundo más justo y atento a la salvaguarda de la creación, confiada a nuestro cuidado. Lo hacen con preocupación y entusiasmo y, sobre todo, con sentido de responsabilidad ante el urgente cambio de rumbo¹⁰ que nos imponen las dificultades derivadas de la crisis ética y socio-ambiental actual.¹¹

Por otra parte, la oportunidad de construir juntos caminos hacia la paz no puede prescindir de la educación y el trabajo, lugares y contextos privilegiados para el diálogo intergeneracional. Es la educación la que proporciona la gramática para el diálogo entre las generaciones, y es en la experiencia del trabajo donde hombres y mujeres de diferentes generaciones se encuentran ayudándose mutuamente, intercambiando conocimientos, experiencias y habilidades para el bien común.

En cada época, la paz es tanto un don de lo alto como el fruto de un compromiso compartido. Existe, en efecto, una “arquitectura” de la paz, en la que intervienen las distintas instituciones de la sociedad, y existe un “artesano” de la paz que nos involucra a cada uno de nosotros personalmente

pacífico: partiendo del propio corazón y de las relaciones en la familia, en la sociedad y con el medioambiente, hasta las relaciones entre los pueblos y entre los Estados.

Aquí me gustaría proponer *tres caminos* para construir una paz duradera. En primer lugar, *el diálogo entre las generaciones*, como base para la realización de proyectos compartidos. En segundo lugar, *la educación*, como factor de libertad, responsabilidad y desarrollo. Y, por último, *el trabajo* para una plena realización de la dignidad humana. Estos tres elementos son esenciales para «la gestación de un pacto social»,⁴ sin el cual todo proyecto de paz es insustancial.

2. Diálogo entre generaciones para construir la paz

En un mundo todavía atezado por las garras de la pandemia, que ha causado demasiados problemas, «algunos tratan de huir de la realidad refugiándose en mundos privados, y otros la enfrentan con violencia destructiva, pero entre la indiferencia egoísta y la protesta violenta, siempre hay una opción posible: el diálogo. El diálogo entre las generaciones».⁵

te la pandemia hemos visto generosos ejemplos de compasión, colaboración y solidaridad en todo el mundo.

Dialogar significa escucharse, confrontarse, ponerse de acuerdo y caminar juntos. Fomentar todo esto entre las generaciones significa labrar la dura y estéril tierra del conflicto y la exclusión para cultivar allí las semillas de una paz duradera y compartida.

Aunque el desarrollo tecnológico y económico haya dividido a menudo a las generaciones, las crisis contemporáneas revelan la urgencia de que se alíen. Por un lado, los jóvenes necesitan la experiencia existencial, sapiencial y espiritual de los mayores; por el otro, los mayores necesitan el apoyo, el afecto, la creatividad y el dinamismo de los jóvenes.

Los grandes retos sociales y los procesos de construcción de la paz no pueden prescindir del diálogo entre los depositarios de la memoria: los mayores y los continuadores de la historia; los jóvenes; tampoco pueden prescindir de la voluntad de cada uno de nosotros de dar cabida al otro, de no pretender ocupar todo el



del Pontífice

o: instrumentos para construir una paz duradera

3. La instrucción y la educación como motores de la paz

El presupuesto para la instrucción y la educación, consideradas como un gasto más que como una inversión, ha disminuido significativamente a nivel mundial en los últimos años. Sin embargo, estas constituyen los principales vectores de un desarrollo humano integral: hacen a la persona más libre y responsable, y son indispensables para la defensa y la promoción de la paz. En otras palabras, la instrucción y la educación son las bases de una sociedad cohesionada, civil, capaz de generar esperanza, riqueza y progreso.

Los gastos militares, en cambio, han aumentado, superando el nivel registrado al final de la "guerra fría", y parecen destinados a crecer de modo exorbitante.¹²

Por tanto, es oportuno y urgente que cuantos tienen responsabilidades de gobierno elaboren políticas económicas que prevean un cambio en la relación entre las inversiones públicas destinadas a la educación y los fondos reservados a los armamentos. Por otra parte, la búsqueda de un proceso real de desarme internacional no puede sino causar grandes beneficios al

desarrollo de pueblos y naciones, liberando recursos financieros que se empleen de manera más apropiada para la salud, la escuela, las infraestructuras y el cuidado del territorio, entre otros.

Me gustaría que la inversión en la educación estuviera acompañada por un compromiso más consistente orientado a promover la cultura del cuidado.¹³ Esta cultura, frente a las fracturas de la sociedad y a la inercia de las instituciones, puede convertirse en el lenguaje común que rompa las barreras y construya puentes. «Un país crece cuando sus diversas riquezas culturales dialogan de manera constructiva: la cultura popular, la universitaria, la juvenil, la artística, la tecnológica, la cultura económica, la cultura de la familia y de los medios de comunicación».¹⁴ Por consiguiente, es necesario forjar un nuevo paradigma cultural a través de «un pacto educativo global para y con las generaciones más jóvenes, que involucre en la formación de personas maduras a las familias, comunidades, escuelas y universidades, instituciones, religiones, gobernantes, a toda la humanidad».¹⁵ Un pacto que promueva la educación a la ecología integral según un modelo cultural de paz, de desarrollo y de sostenibilidad, centrado en la fraternidad y en la alianza entre el ser humano y su entorno.¹⁶

Invertir en la instrucción y en la educación de las jóvenes generaciones es el camino principal que las conduce, por medio de una preparación específica, a ocupar de manera provechosa un lugar adecuado en el mundo del trabajo.¹⁷

4. Promover y asegurar el trabajo construye la paz

El trabajo es un factor indispensable para construir y mantener la paz; es expresión de uno mismo y de los propios dones, pero también es compromiso, esfuerzo, colaboración con otros, porque se trabaja siempre con o por alguien. En esta perspectiva marcadamente social, el trabajo es el lugar donde aprendemos a ofrecer nuestra contribución por un mundo más habitable y hermoso.

La situación del mundo del trabajo, que ya estaba afrontando múltiples desafíos, se ha visto agravada por la pandemia de Covid-19. Millones de actividades económicas y productivas han quebrado; los trabajadores precarios son cada vez más vulnerables; muchos de aquellos que desarrollan servicios esenciales permanecen aún más ocultos a la conciencia pública y política; la instrucción a distancia ha provocado en muchos casos una regresión en el aprendizaje y en los programas educativos. Asimismo, los jóvenes que se asoman al mercado profesional y los adultos que han caído en la desocupación afrontan actualmente perspectivas dramáticas.

El impacto de la crisis sobre la economía informal, que a menudo afecta a los trabajadores migrantes, ha sido particularmente devastador. A muchos de ellos las leyes nacionales no los reconocen, es como si no existieran. Tanto ellos como sus familias viven en condiciones muy precarias, expuestos a diversas formas de esclavitud y privados de un sistema de asistencia social que los proteja. A eso se agrega que actualmente sólo un tercio de la población mundial en edad laboral goza de un sistema de seguridad social, o puede beneficiarse de él sólo de manera restringida. La violencia y la criminalidad organizada aumentan en muchos países, enfocando la libertad y la dignidad de

las personas, envenenando la economía e impidiendo que se fomente el bien común. La respuesta a esta situación sólo puede venir a través de una mayor oferta de las oportunidades de trabajo digno.

El trabajo, en efecto, es la base sobre la cual se construyen en toda co-

tido no sólo a las instituciones, sino también a los consumidores, a la sociedad civil y a las realidades empresariales. Estas últimas, cuanto más conscientes son de su función social, más se convierten en lugares en los que se ejercita la dignidad humana, participando así a su vez en la cons-

llamamiento para que sigamos avanzando juntos con valentía y creatividad por estos tres caminos: el diálogo entre las generaciones, la educación y el trabajo. Que sean cada vez más numerosos quienes, sin hacer ruido, con humildad y perseverancia, se conviertan cada día en artesanos de paz. Y que siempre los preceda y acompañe la bendición del Dios de la paz.

Vaticano, 8 de diciembre de 2021

Franciscus

Notas

¹ Cf. Carta enc. *Populorum progressio* (26 marzo 1967), 76ss.

² Cf. Carta enc. *Laudato si'* (24 mayo 2015), 49.

³ Cf. Carta enc. *Fratelli tutti* (3 octubre 2020), 231.

⁴ *Ibid.*, 218.

⁵ *Ibid.*, 199.

⁶ *Ibid.*, 179.

⁷ Cf. *ibid.*, 180.

⁸ Exhort. ap. postsin. *Christus vivit* (25 marzo 2019), 199.

⁹ Carta enc. *Laudato si'* (24 mayo

Los grandes retos sociales y los procesos de construcción de la paz no pueden prescindir del diálogo entre los depositarios de la memoria los mayores y los continuadores de la historia los jóvenes ; tampoco pueden prescindir de la voluntad de cada uno de nosotros de dar cabida al otro, de no pretender ocupar todo el escenario persiguiendo los propios intereses inmediatos como si no hubiera pasado ni futuro

munidad la justicia y la solidaridad. Por eso, «no debe buscarse que el progreso tecnológico reemplace cada vez más el trabajo humano, con lo cual la humanidad se dañaría a sí misma. El trabajo es una necesidad, parte del sentido de la vida en esta tierra, camino de maduración, de de-

strucción de la paz. En este aspecto la política está llamada a desempeñar un rol activo, promoviendo un justo equilibrio entre la libertad económica y la justicia social. Y todos aquellos que actúan en este campo, comenzando por los trabajadores y los empresarios católicos, pueden encontrar



sarrollo humano y de realización personal».¹⁸ Tenemos que unir las ideas y los esfuerzos para crear las condiciones e inventar soluciones, para que todo ser humano en edad de trabajar tenga la oportunidad de contribuir con su propio trabajo a la vida de la familia y de la sociedad.

Es más urgente que nunca que se promuevan en todo el mundo condiciones laborales decentes y dignas, orientadas al bien común y al cuidado de la creación. Es necesario asegurar y sostener la libertad de las iniciativas empresariales y, al mismo tiempo, impulsar una responsabilidad social renovada, para que el beneficio no sea el único principio rector.

En esta perspectiva hay que estimular, acoger y sostener las iniciativas que instan a las empresas al respeto de los derechos humanos fundamentales de las trabajadoras y los trabajadores, sensibilizando en ese sen-

orientaciones seguras en la *doctrina social de la Iglesia*.

Queridos hermanos y hermanas: Mientras intentamos unir los esfuerzos para salir de la pandemia, quisiera renovar mi agradecimiento a cuantos se han comprometido y continúan dedicándose con generosidad y responsabilidad a garantizar la instrucción, la seguridad y la tutela de los derechos, para ofrecer la atención médica, para facilitar el encuentro entre familiares y enfermos, para brindar ayuda económica a las personas indigentes o que han perdido el trabajo. Aseguro mi recuerdo en la oración por todas las víctimas y sus familias.

A los gobernantes y a cuantos tienen responsabilidades políticas y sociales, a los pastores y a los animadores de las comunidades eclesiales, como también a todos los hombres y mujeres de buena voluntad, hago un

2015), 159.

¹⁰ Cf. *ibid.*, 163; 202.

¹¹ Cf. *ibid.*, 139.

¹² Cf. *Mensaje a los participantes en el 4º Foro de París sobre la paz*, 11-13 noviembre 2021.

¹³ Cf. Carta enc. *Laudato si'* (24 mayo 2015), 231; *Mensaje para la LIV Jornada Mundial de la Paz. La cultura del cuidado como camino de paz* (8 diciembre 2020).

¹⁴ Carta enc. *Fratelli tutti* (3 octubre 2020), 199.

¹⁵ *Videomensaje con ocasión del Encuentro "Global Compact on Education. Together to Look Beyond"* (15 octubre 2020).

¹⁶ Cf. *Videomensaje con ocasión de la Cumbre virtual de alto nivel sobre retos climáticos* (12 diciembre 2020).

¹⁷ Cf. S. Juan Pablo II, Carta enc. *Laborem exercens* (14 septiembre 1981), 18.

¹⁸ Carta enc. *Laudato si'* (24 mayo 2015), 128.

Catequesis sobre el nacimiento de Jesús

Romper el espejo de la vanidad

En la catequesis de la audiencia general de la semana de Navidad, el Papa Francisco reflexionó sobre la fiesta que se celebra en estos días, recordando que “el mensaje del Evangelio es claro: el nacimiento de Jesús es un evento universal que afecta a todos los hombres”. Recordó además que solo la humildad es el camino que nos conduce a Dios y, al mismo tiempo, a lo esencial de la vida.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy, a pocos días de la Navidad, quisiera recordar con vosotros el evento del cual no puede prescindir la historia: el nacimiento de Jesús. Para cumplir el decreto del emperador César Augusto, que ordenaba registrarse en el censo del propio pueblo de procedencia, José y María van de Nazaret a Belén. Nada más llegar, buscan en seguida alojamiento, porque el parto es inminente; pero lamentablemente no lo encuentran, y entonces María se ve obligada a dar a luz en un pesebre (cf. *Lc 2,1-7*).

Pensemos: ¡el Creador del universo... a Él no le fue concedido un lugar para nacer! Quizá fue una anticipación de lo que dice el evangelista Juan: «Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron» (1,11); y de lo que Jesús mismo dirá: «Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza» (*Lc 9,58*).

Fue un ángel quien anunció el nacimiento de Jesús, y lo hizo a los pastores humildes. Y fue una estrella la que indicó a los Magos el camino para llegar a Belén (cf. *Mt 2,1.9-10*). El ángel es un mensajero de Dios. La estrella recuerda que Dios creó la luz (*Gen 1,3*) y que ese Niño será “la luz del mundo”, como Él mismo se autodefinirá (cf. *Jn 8,12.46*), la «luz verdadera [...] que ilumina a todo hombre» (*Jn 1,9*), que «brilla en las tinieblas y las tinieblas no la vencieron» (v. 5).

Los pastores representan a los pobres de Israel, personas humildes que interiormente viven con la conciencia de la propia carencia, y precisamente por esto confían más que los otros en Dios. Son ellos los primeros en ver al Hijo de Dios hecho hombre, y este encuentro les cambia profundamente. Cuenta el Evangelio que se volvieron «glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto» (*Lc 2,20*).

En torno a Jesús recién nacido hay también tres Magos (cf. *Mt 2,1-12*). Los Evangelios no dicen que fueran reyes, ni el número, ni sus nombres. Con certeza se sabe solo que desde un país lejano de Oriente (se puede pensar en Babilonia, Arabia o a en la Persia de aquella época) se pusieron en viaje para buscar al Rey de los Judíos, que en su corazón identifican con Dios, porque dicen que le quieren adorar. Los Magos representan a los pueblos paganos, en particular a todos aquellos que a lo largo de los siglos buscan a Dios y se ponen en camino para encontrarlo. Representan también a los ricos y a los poderosos, pero solo a los que no son esclavos de la posesión, que no están “poseídos” por las cosas que creen poseer.

El mensaje del Evangelio es claro: el nacimiento de Jesús es un evento universal que afecta a todos los hombres.

Queridos hermanos y queridas hermanas, solo la humildad es el camino que nos conduce a Dios y, al mismo tiempo, precisamente porque nos conduce a Él, nos lleva también a lo esencial de la vida, a su significado más verdadero, al motivo más fiable por el que la vida vale la pena ser vivida.

Solo la humildad nos abre a la experiencia de la verdad, de la alegría au-

téntica, del conocimiento que cuenta. Sin humildad estamos “aislados”, estamos aislados de la comprensión de Dios, de la comprensión de nosotros mismos. Es necesario ser humildes para entendernos a nosotros mismos, mucho más para entender a Dios. Los Magos podían también ser grandes según la lógica del mundo, pero se hacen pequeños, humildes, y precisamente por esto logran encontrar a Jesús y reconocerlo. Aceptan la humildad de buscar, de ponerse en viaje, de pedir, de arriesgarse, de equivocarse...

Todo hombre, en lo profundo de su corazón, está llamado a buscar a Dios; todos tenemos esa inquietud y nuestro trabajo es no apagar esa inquietud, sino dejarla crecer porque es la inquietud de buscar a Dios; y, con su misma gracia, puede encontrarlo. Hagamos nuestra la oración de san Anselmo (1033-1109): «Enseñame a buscarte y muéstrate a quien te busca; porque no puedo ir en tu busca a menos que tú me enseñes, y no puedo encontrarte si tú no te manifiestas. Deseando te buscaré, buscando te desearé, amando te hallaré y hallándote te amaré» (*Prologion*, 1).

Queridos hermanos y hermanas, quisiera invitar a todos los hombres y las mujeres a la gruta de Belén a adorar al Hijo de Dios hecho hombre. Cada uno se acerque al pesebre que hay en su casa o en la iglesia o en otro lugar, y trate de hacer un acto de adoración, dentro: “Yo creo que tú eres Dios, que este niño es Dios. Por favor, dame la gracia de la humildad para poder entenderlo”.

En primera fila, al acercarse al pesebre y rezar, quisiera poner a los pobres, que como exhortaba san Pablo VI «debemos amar, porque en cierto modo son sacramento de Cristo; en ellos en los hambrientos, en los sedientos, en los exiliados, en los desnudos, en los enfermos y en los prisioneros Él ha querido místicamente identificarse. Debemos ayudarles, sufrir con ellos, y también seguirles, porque la pobreza es el camino más seguro para la plena posesión del Reino de Dios» (*Homilía*, 1 de mayo 1969). Por esto debemos pedir la humildad como una gracia: “Señor, que no sea soberbio, que no sea autosuficiente, que no crea ser yo mismo el centro del universo. Hazme humilde. Dame la gracia de la humildad. Y con esta humildad yo pueda encontrarte”. Es el único camino, sin humildad no encontraremos nunca a Dios: nos encontraremos a nosotros mismos. Porque la persona que no tiene humildad no tiene horizontes delante, solamente tiene un espejo: se mira a sí mismo. Pidamos al Señor que rompa el espejo y poder mirar más allá, hacia el horizonte, donde está Él. Pero esto debe hacerlo Él: darnos la gracia y la alegría de la humildad para hacer este camino.

Y después, hermanos y hermanas, quisiera acompañar a Belén, como hizo la estrella con los Magos, a todos aquellos que no tienen una inquietud religiosa, que no se plantean el problema de Dios, o incluso combaten con la religión, todos aquellos que indebidamente son denominados ateos. Quisiera repetirles el mensaje del Concilio Vaticano II: «La Iglesia afirma que el reconocimiento de Dios no se opone en modo alguno a la dignidad humana, ya que esta dignidad tiene en el mismo Dios su fundamento y perfección. [...] La Iglesia sabe perfectamente que su mensaje está de acuerdo con los deseos más profundos del corazón humano» (*Gaudium et spes*, 21).

Volvamos a casa con el deseo de los ángeles: «Paz en la tierra a los hom-

bres que ama el Señor». Y recordemos siempre: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó [...]. Él nos amó primero» (1 *Jn 4,10.19*), nos ha buscado. No olvidemos esto.

Este es el motivo de nuestra alegría: hemos sido amados, hemos sido buscados, el Señor nos busca para encontrarnos, para amarnos más. Este es el motivo de la alegría: saber que hemos sido amados sin ningún mérito, siempre somos precedidos por Dios en el amor, un amor tan concreto que se ha hecho carne y vino a habitar en medio de nosotros, en ese Niño que vemos en el pesebre. Este amor tiene un nombre y un rostro: Jesús es el nombre y el rostro del amor que está en el fundamento de nuestra alegría.

Hermanos y hermanas, os deseo feliz Navidad, una feliz y santa Navidad. Y quisiera que sí habrá felicitaciones, las reuniones de familia, esto es muy bonito, siempre pero que haya también la conciencia de que Dios viene “por mí”. Cada uno diga esto: Dios viene por mí. La conciencia de que para buscar a Dios, encontrar a Dios, aceptar a Dios hace falta humildad: mirar con humildad la gracia de romper el espejo de la vanidad, de la soberbia, de mirarnos a nosotros mismos. Mirar a Jesús, mirar el horizonte, mirar a Dios que viene a nosotros y que toca el corazón con esa inquietud que nos lleva a la esperanza. ¡Feliz y santa Navidad!

Al finalizar la catequesis, además de saludar a los distintos grupos lingüísticos, el Pontífice lanzó un llamamiento por la situación de los migrantes, para que los países europeos permitan a las realidades eclesiales locales «hacerse cargo de otros hermanos y hermanas que deben ser urgentemente ubicados, acompañados, promovidos e integrados».

Saludo cordialmente a los fieles de lengua española. Que el nacimiento de Cristo llene sus corazones y el mensaje de los ángeles: «Paz en la tierra a los hombres que ama el Señor» presida sus vidas, recordando que Dios nos ha amado primero. Que el Señor los bendiga. Muchas gracias y feliz Navidad. Durante mi viaje a Chipre y Grecia pude tocar con la mano, una vez más, la humanidad herida de los refugiados y de los migrantes. También constaté que solo algunos países europeos están soportando la mayor parte de las consecuencias del fenómeno migratorio en la zona mediterránea, mientras que en realidad esto requiere una responsabilidad compartida por todos, de la cual ningún país puede eximirse, porque es un problema de humanidad.

En particular, gracias a la generosa apertura de las autoridades italianas, he podido traer a Roma un grupo de personas, que conocí durante mi viaje: hoy están aquí en medio de nosotros algunos de ellos. ¡Bienvenidos! Nos haremos cargo, como Iglesia, en los próximos meses. Es un pequeño signo, que espero sirva de estímulo para otros países europeos, para que permitan a las realidades eclesiales locales a hacerse cargo de otros hermanos y hermanas que deben ser urgentemente ubicados, acompañados, promovidos e integrados.

Son muchas las Iglesias locales, las congregaciones religiosas y las organizaciones católicas que están preparadas para acogerlos y acompañarlos hacia una integración fecunda. ¡Solo es necesario abrir una puerta, la puerta del corazón! ¡No dejemos de hacerlo en esta Navidad!

En el Ángelus la cercanía y la oración del Papa

Consuelo y esperanza para las familias afectadas por el tifón en Filipinas

“Que el Santo Niño traiga consuelo y esperanza a las familias más afectadas” por el tifón en Filipinas: el deseo del Papa Francisco tuvo eco en la Plaza de San Pedro a mediodía del 19 de diciembre, al final del Ángelus recitado desde la ventana del estudio privado del Palacio Apostólico Vaticano. Antes, comentando el Evangelio del cuarto domingo de Adviento, el Pontífice se detuvo en dos verbos que resumen el episodio de la Visitación de María a Isabel: levantarse y caminar rápido.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de la Liturgia de hoy, cuarto Domingo de Adviento, narra la visita de María a Isabel (cf. *Lc 1,39-45*). Recibido el anuncio del ángel, la Virgen no se queda en casa, pensando en lo sucedido y considerando los problemas y los imprevistos, que ciertamente no faltaban: porque, pobrecilla, no sabía qué hacer con esta noticia, con la cultura de aquella época... No entendía... Al contrario, lo primero que hace es pensar en quien la necesita; en vez de encerrarse en sus problemas, piensa en quien la necesita, piensa en Isabel su pariente, que es mayor y está embarazada: algo raro, milagroso. María emprende el viaje con generosidad, sin dejarse intimidar por los inconvenientes del viaje, respondiendo a un impulso interior que la llama a hacerse cercana y a ayudar. Un largo camino, kilómetros y kilómetros, y no había un autobús que fuera allí: tuvo que ir a pie. Sale para ayudar, compartiendo su alegría. María dona a Isabel la alegría de Jesús, la alegría que llevaba en el corazón y en el vientre. Va donde ella y proclama sus sentimientos, y esta proclamación de los sentimientos después se ha convertido en una oración, el Magnificat, que todos nosotros conocemos. Y el texto dice que «se levantó María y se fue con prontitud» (v. 39).

Se levantó y se fue. En el último tramo del camino del Adviento dejémoslos guiar por estos dos verbos. Levantarse y caminar con prontitud: son los dos movimientos que María hizo y que nos invita también a nosotros a hacer en vista de la Navidad. En primer lugar, alzarse. Después del anuncio del ángel, para la Virgen se perfilaba un periodo difícil: su embarazo inesperado la exponía a incomprendimientos y también a penas severas, incluso a la lapidación, en la cultura de aquella época. ¡Imaginemos cuántos pensamientos y turbaciones tenía! Sin embargo, no se desanima, no se desespera, sino que se levanta. No mira hacia abajo, hacia los problemas, sino a lo alto, hacia Dios. Y no piensa a quién pedir ayuda, sino a quién ayudar. Siempre piensa en los demás: así es María, pensando siempre en las necesidades de los demás. Lo mismo hará después, en las bodas de Caná, cuando se da cuenta que falta el vino. Es un problema de los otros, pero ella piensa en esto y trata de encontrar una solución. María siempre piensa en los otros. Piensa también en nosotros.

Aprendamos de la Virgen esta forma de reaccionar: levantarnos, sobre todo cuando las dificultades amenazan con aplastarnos. Levantarnos, para no empantanarnos en los problemas, hundiéndonos en la autocompasión o cayendo en una tristeza que nos paraliza. Pero ¿por qué levantarnos? Porque Dios es grande y está preparado para levantarnos si nosotros le tendemos la mano. Entonces arrojemos en Él los pensamientos negativos, los miedos que bloquean todo impulso y que impiden ir adelante. Y después hagamos como María: ¡miremos a nuestro alrededor y busquemos alguna persona a la que podamos ser de ayuda! ¿Hay algún anciano que conozco al que

puedo ayudar un poco, ser de compañía? Que cada uno lo piense. ¿O hacer un servicio a una persona, un favor, una llamada? ¿Pero a quién puedo ayudar? Me levanto y ayudo. Ayudando a los otros, nos ayudaremos a nosotros mismos a levantarnos de las dificultades.

El segundo movimiento es caminar con prontitud. No quiere decir proceder con agitación, de forma sofocada, no, no quiere decir esto. Se trata más bien de conducir nuestras jornadas con paso alegre, mirando adelante con confianza, sin arrastrarnos con desgana, esclavos de las lamentaciones —estas quejas arruinan muchas vidas, porque uno se pone a lamentarse y lamentarse y la vida va abajo. Las quejas te llevan a buscar siempre alguien a quien culpar. Yendo hacia la casa de Isabel, María procede con el paso rápido de quien tiene el corazón y la vida llenos de Dios, llenos de su alegría. Entonces preguntémosnos, para nuestro beneficio: ¿cómo es mi “paso”? ¿Soy propositivo o me quedo en la melancolía, en la tristeza? ¿Voy adelante con esperanza o me detengo para compadecerme? Si procedemos con el paso cansado de los gruñones o de los chismorreos, no llevaremos a Dios a nadie, solamente llevaremos amargura, cosas oscuras. Hace mucho bien, sin embargo, cultivar un sano sentido del humor, como hacían, por ejemplo, santo Tomás Moro o san Felipe Neri. Podemos pedir también esta gracia, la gracia del sano humorismo: hace mucho bien. No nos olvidemos de que el primer acto de caridad que podemos hacer al prójimo es ofrecerle un rostro sereno y sonriente. Es llevarles la alegría de Jesús, como hizo María con Isabel.

¡La Madre de Dios nos tome de la mano, nos ayude a levantarnos y caminar con prontitud hacia la Navidad!

Al final de la oración mariana, el Obispo de Roma, tras lanzar un llamamiento en favor del pueblo filipino, saludó a los distintos grupos presentes, en particular a la comunidad peruana residente en Roma, que se había reunido para una celebración en honor del “Niño Jesús Andino” de Chopcca, lugar de origen del belén instalado en la Plaza de San Pedro.

Queridos hermanos y hermanas:

Expreso mi cercanía a la población de Filipinas golpeada por un fuerte tifón, que ha destruido muchas casas. Que el Santo Niño lleve consolación y esperanza a las familias en mayor dificultad; ¡y a todos nosotros nos inspire ayudas concretas! La primera ayuda concreta es la oración, y las otras ayudas.

Os saludo a todos vosotros, peregrinos venidos de Italia y de diferentes países. En particular, saludo a la comunidad peruana de Roma y su grupo folclórico que han venido aquí con ocasión de la celebración en honor del Niño Jesús Andino de Chopcca, lugar de procedencia del Pesebre colocado en esta plaza. ¡Gracias! Saludo a la banda musical de Soriano al Cimino. Quisiera escucharlos después... [la banda toca “Cumpleaños feliz”]. ¡Tocan bien! Saludo a los fieles de Terni, a los scouts de Marigliano y a los chicos de Cingoli (Macerata).

Y a todos os deseo un feliz domingo y un buen camino en este último tramo del Adviento que nos prepara al nacimiento de Jesús. Que sea para todos nosotros tiempo de espera y colaboración: esperanza, esperar y rezar, en compañía de la Virgen María, mujer de la espera. Y por favor, no os olvidéis de rezar por mí. Buen almuerzo y hasta pronto. ¡Y ahora la banda, que toque algo bonito!